EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

(1899-1900)

Ella solo será salvata; vivirá in eterno; e tanto dolore non será stato sofferto invano, tanto male non será stato inutile, se ancóra una cosa bella si aggiungerá all'ornamento della vita...

GABRIEL D'ANNUNZIO.

(La Gioconda.)

PRELUDIO INTERIOR

Á SILVIO REBELLO

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente,
á morder las manzanas de la sabiduría.

Fuí esclavo de la tierra. Su liviana armonía
dió á mis lascivos cantos la maliciosa fuente,
y en los surcos estériles malogré la simiente
de todo lo que dentro de mi sér florecía!

Huiré solo, al desierto. Viviré en mi caverna,
á los pies de mi alma, la atormentada eterna;
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,
y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos,
ájustaré mis versos al ritmo de mi vida!

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

Á ANTONIO MACHADO

La lámpara esparce sus tenues fulgores;
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,
un canto, que evoca remotos amores,
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda á la aurora;
surgen los preludios de la serenata;
vuelan hojas secas, y una fuente llora,
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lebreles;
á fiesta convoca la alegre campana;
y entre panderetas y entre cascabeles,
se acercan las músicas de una caravana...

¡Adustos bohemios, reyes andrajosos,
que cruzáis del mundo los vastos confines,
siempre pensativos, tristes y ojerosos,
sollozando amores en vuestros violines...

¡Parad un instante bajo mi ventana,
y con vuestros cantos calmad mi amargura,
que quiero mostrarte mi mano, gitana,
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,
barbas desgreñadas, ojos asesinos!...
¡Vuestro último canto se llevan los vientos
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina,
que hoy gimes amores bajo mi ventana!...
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:
— ¿Bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde vas inquieta y hábil tañedora
de un arpa que vibra doliente en mi reja?...
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,
y que con el eco de tu voz se aleja!

¡Cabellos de oro, perfil vacilante,
labios enfermizos, grandes ojos claros
donde mi esperanza contemplé un instante,
¿junto á qué camino volveré á encontraros?...

La música errante se va lentamente
como los rumores de una serenata,
y sólo se escucha la voz de la fuente
que muere en un hilo de trémula plata!

LA SOMBRA DE LAS MANOS

Á RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar!...

¡Vuelve á suspirar amores
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano mística!...
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgreñadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,
como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso
de placer extenuada!...

¡Oh, manos arrepentidas!...
¡Oh, manos atormentadas!...

En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia!

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubíes
sus pupilas escarlata!

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias!

Encendisteis en el templo
los incensarios de plata;
y al pie del altar, inmóviles,
os elevasteis cruzadas,
como un manojo de lirios
que rezase una plegaria!

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria!...

En la argéntea rueca, donde
áureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
sus tristezas las arañas!

Abierto, te espera, el clave;
y sus teclas empolvadas
aún de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan!

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba, el poeta
inclina la frente pálida;
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja,
aún abiertas permanecen,
esperando tu llegada!

¡Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas,
que en las sendas florecidas
de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma...
¿Por qué oprimís en la noche
como un dogal mi garganta?

¡Blancas manos!... Azucenas
por mis manos deshojadas...
¿Por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

EL JARDIN DE LOS BESOS

Ya no cruzamos el jardín sombrío
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del Otoño absorbe
la sangre de las rosas deshojadas;
y en el fondo del parque, resbalando,
como caricia de sutiles alas,
el eco moribundo de tus besos
nuestros amores imposibles canta!

Y es tan doliente la canción, que el aire
tiembla medroso entre las mustias ramas;
las lechuzas, pupilas de la noche,
esconden la cabeza bajo el ala,
y la Luna, amarilla y temblorosa,
resbala en el azul como una lágrima!

¡Oh, tus alegres besos!... Han reído
en la nupcial alcoba solitaria,
en las augustas bóvedas del templo
y en los sangrientos campos de batalla!

¡Oh, tus piadosos besos!... Se han posado
en el seno de todas las desgracias,
en los labios de todas las heridas
y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa
de tus besos!... Gorjea entre las ramas
del limonero en flor; lanza en la fuente
su penacho de frescas carcajadas;

como enjambre de risas aletea
en el rosal que alegra tu ventana;
duerme en el arco del violín; suspira
en la errante y nocturna serenata,
y en las blancas cortinas de mi lecho,
con perezosa lentitud resbala,
como rumor de encajes que se aleja
y en las alfombras del salón se apaga!...

La Luna muere en el azul... La brisa
se duerme temerosa entre las ramas;
y sólo turban el silencio fúnebre
de la obscura avenida solitaria,
los temblores del musgo, donde late
el misterioso corazón del agua!

LA BELLA DURMIENTE

Á NILO FABRA

Siento en sueños que acerca á mi oído
el temblor de sus labios un Hada,
y me anuncia el paraje escondido
donde espera, el Amor, mi llegada.

Allí reina ideal Primavera;
es el viejo país encantado,
donde el solo monarca que impera
es un mago de manto estrellado!

Hay palacios de oro y diamantes,
y jardines en flor fabulosos,
que custodian dragones rampantes
y vigilan enanos celosos!

Entre flores de raras esencias
silba el mirlo sus risas triunfales,
y se apagan lejanas cadencias
y alaridos de pavos reales!

Y en el fondo del parque, arrullada
por el claro cristal de la fuente,
con la rueca á los pies olvidada,
duerme y sueña mi Bella-Durmiente!

Duerme y sueña feliz, cual si una
boca amante sus labios besara...
¡Se ha dormido el fulgor de la Luna
en la hostia de luz de su cara!

¿Quién hará, blanco lirio encantado,
que tu vida al amor se despierte?...
¿Será el beso nupcial del amado,
ó el abrazo feroz de la muerte?

¡Quién tuviera la forma gallarda
de aquel héroe del lírico canto,
para ahogar al dragón que te guarda,
y romper, con mis besos, tu encanto!

Ríe el tiempo en su máscara loca;
y al arrullo fugaz de la fuente,
con la risa temblando en la boca,
duerme y sueña mi Bella-Durmiente!

FLOR DE CAMINO

El agua de tu ánfora, bella Samaritana,
bajo las tres palmeras del pozo me ofreciste.
Ardía el sol, cantaban las cigarras, y triste
perdíase á lo lejos la errante caravana.

Te pregunté quién eras. Y sonriendo ufana:
— ¿Qué te importa mi nombre?... Soy el Amor — dijiste...
Y entre nubes de polvos, cantando, te perdiste,
por las áridas sendas de la ciudad lejana.

Siempre que mi sed sacio, si gozo, es porque creo
que el agua de tus ánforas apaga mi deseo...
¡Oh, tú la más piadosa de las consoladoras!...

¿Quién eres?... ¿Dónde fuiste?... De tu imagen bendita
sólo el recuerdo guardo, como una flor marchita,
entre las viejas páginas de este libro de Horas!

PERFUME ANTIGUO

Á ALVARO DE CASTRO

Abrí con mano perezosa y trémula
el viejo estuche de oxidada plata,
y una esencia sutil de flores mustias
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía
las nobles armaduras; arrancaba
relámpagos de sangre á los damascos;
temblaba en el cristal de las arañas,
y un incendio de púrpura fingía
en las antiguas lunas venecianas!

¡Tristeza de salones seculares!...
El viejo terciopelo tiene alma,
y al ondular se queja, recordando
historias y canciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.
Crujen las sedas de los muebles... Hablan
de lejanos recuerdos; se refieren
sus últimos amores, en voz baja...

Y la leve patina de los siglos
con un temblor de lágrimas empaña,
los antiguos espejos que semejan
verdes lagunas de dormidas aguas...

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,
visión alucinante, visión blanca,
que desde el fondo obscuro de ese cuadro
me ofreces un amor sin esperanza!...

¡Oh, busto de marfil, donde la Muerte
borró los tonos de la Vida!... Grana
de los labios risueños, rosas frescas
de las dulces mejillas, esmeraldas
de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto!...

Sólo el tiempo dejó la nota blanca!...
Nota blanca que turba solamente
el fulgor de un rubí, que entre las pálidas
camelias de tus manos, rojo imita
una gota de sangre coagulada!